

Camilo José Cela y Francisco Umbral: historia de una amistad (1961-2002)

Camilo José Cela e Francisco Umbral: história de uma amizade (1961-2002)

Camilo José Cela and Francisco Umbral: the history of a friendship (1961-2002)

Anna Caballé

Universidade de Barcelona – Barcelona – Espanha



Resumen: El artículo reconstruye la relación mantenida entre los dos escritores a lo largo de cuarenta años, amistad sometida a los vaivenes de la vida literaria y a la de sus propios intereses y reservas. El punto final a dicha amistad lo puso Umbral publicando *Cela: un cadáver exquisito*, una obra que el artículo analiza, ubicándola en el contexto de su relación literaria y personal.

Palabras clave: Camilo José Cela; Francisco Umbral; Amistad

Resumo: O artigo reconstrói a relação mantida entre os dois escritores ao longo de quarenta anos, amizade submetida aos vaivens da vida literária e a de seus próprios interesses e reservas. O ponto final dessa amizade foi colocado por Umbral ao publicar *Cela: un cadáver exquisito*, obra analisada neste artigo, situando-a no contexto de sua relação literária e pessoal.

Palavras-chave: Camilo José Cela; Francisco Umbral; Amizade

Abstract: This paper reconstructs the relationship maintained between the two writers over forty years, friendship subject to the difficulties of literary life and their own interests and reservations. The end of this friendship was laid by Threshold to publish *Cela: un cadáver exquisito*, the work analyzed in this article, placing it in the context of his literary and personal relationship

Keywords: Camilo José Cela; Francisco Umbral; Friendship

1

En *Las palabras de la tribu*, el libro que viene a sintetizar la particular y atractiva lectura que de la tradición literaria llevó a cabo Francisco Umbral de una forma constante, casi obsesiva, a lo largo de su obra, nos ofrece su visión de Camilo José Cela – “él es un 98 completo” –. Escribe Umbral: “Su obra completa es impresionante por lo larga y por lo “completa”, exactamente. En ella está toda España, la de ayer, la de hoy y la de en medio, prodigiosamente contada, primorosamente contada, varonilmente contada” (1994, p. 344). Y es que Cela fue uno de los pocos novelistas a los que Umbral respetó, elogió y cuya amistad procuró desde aquel lejano día de 1961 en que un joven periodista y poeta llegado a la capital desde la provincia acudía, fervoroso, al Ateneo de Madrid donde el autor de *La familia de Pascual Duarte* leía, con su voz

atronadora y vibrante, un anticipo de *Toreo de salón*, libro que por entonces preparaba Cela y que reunía una serie de fotografías comentadas. Lo hacía en la magnífica sala de actos del Ateneo fundado por un grupo de escritores románticos en 1835, aprovechando el espíritu liberal que la regente María Cristina insufló a una España agotada por el absolutismo fernandino. Cela leía sus cuartillas ante un público repleto de elegantes sombreros, mucetas de profesores y uniformes que asistía estupefacto a una vivencia difícil de resumir adecuadamente¹. Escuchar a

¹ Cfr. *La noche que llegué al café Gijón*, p. 47. El motivo de que el acto fuera tan formal era la reciente incorporación de Manuel Fraga Iribarne como ministro de Información y Turismo. El nombramiento de Fraga se asoció con una tímida apertura política del régimen franquista y trajo consigo una Ley de Prensa (15 de marzo de 1966) que regulaba lo que venía siendo un clamor por parte de los medios de comunicación: la necesidad de suprimir la censura previa para la prensa. Hubo otros muchos cambios, por ejemplo en la dirección de algunas revistas culturales como la influyente *La Estafeta Literaria*.

Cela en la plenitud de su talento para la elocuencia y la creatividad. Para Umbral de inmediato Cela simbolizaría al escritor de raza, el maestro de energía capaz de inspirar a un joven ambicioso de 29 años e indicarle, con su solo ejemplo y su actitud ante la vida, el camino a seguir, el punto de fuga de todas las aspiraciones humanas, esto es, la fama. Cela reunía en aquellos años fecundos el éxito social, el prestigio intelectual y la calidad de la escritura: “Por primera vez –evocaría años después Umbral en uno de sus muchos libros autobiográficos, *La noche que llegué al café Gijón*– tuve una visión directa, rica, importante y variada de la gloria literaria. Cela salió de allí muy seguro, casi rápido, rodeado de gente, y comprendí que todo lo que hacían los demás –versillos para amigos, florecillas naturales de pueblo, critiquitas de ocasión– no era más que una inocente y necia manera de perder el tiempo” (1977, p. 47). Y es que Cela, como ya ha escrito José-Carlos Mainer², fue el primero en construirse en la postguerra una carrera de escritor profesional. La empezó procurando salir todo lo posible en la influyente revista *La Estafeta Literaria*, dirigida en sus mejores tiempos por el poeta Rafael Morales. Pero también publicando hasta dos libros a la vez, escribiendo donde se terciara y administrando astutamente los pequeños escándalos que él mismo protagonizaba a base de un uso desinhibido y bronco del lenguaje. Aspectos todos ellos que serán imitados por Umbral a pies juntillas pues también él publicaría ávidamente y a menudo fue noticia por el personaje que él mismo se forjó, como ya expuse en mi biografía *Francisco Umbral. El frío de una vida*. Tal vez la mayor diferencia entre ambos está en la etapa (1956-1979) en la que Cela emprende su admirable tarea de editor de la revista *Papeles de Son Armadans* que le pondría en contacto con el mundo del exilio ofreciendo una imagen de seriedad y compromiso intelectual, reforzada por su ingreso en la RAE en 1957. La valiosa edición de su correspondencia con trece escritores en el exilio³ ha venido a corroborar esta imagen y a ella se refirió Carlos Castilla del Pino en la obligada *laudatio* a Cela, su predecesor en el sillón Q mayúscula de la Real Academia Española. Castilla del Pino definió la iniciativa de Cela como “un destacado acto moral”, en tanto que la revista supo construir “por primera vez, tras nuestra bárbara guerra incivil, un lugar para la literatura del exilio, un sitio para el escritor exiliado”. Y añadía Castilla del Pino la pregunta que muchos se hicieron al comprender el objetivo del autor de *La colmena*: “Los que seguimos desde el principio el itinerario de esta revista vimos este gesto con estupor: ¿podría sobrevivir?”. La respuesta es afirmativa, rotundamente afirmativa. Con su tenacidad característica, Cela logró arrancar las primeras colaboraciones en la España franquista de intelectuales exiliados y tan comprometidos con la República como

Américo Castro, María Zambrano o Rafael Alberti y se mantendría viva hasta 1979, cuando las circunstancias políticas permitieron dejar atrás la triste realidad del exilio político. Para Cela el cese de su actividad debió de ser un alivio, y así, cuando Fernando Arrabal se lamenta de su extinción, el novelista le responderá: “¡Bastante duraron los *Papeles!* La verdad es que no hay queja”⁴.

Pero volvamos a los encuentros entre ambos escritores. Muy poco después el joven Umbral lo vería de nuevo en el Café Gijón, punto de cita de escritores, actores, actrices y poetas, el lugar del que no se podía prescindir si se quería frecuentar la vida cultural madrileña. Llegó Cela y se sentó en la mesa de las escritoras que presidía con su carácter ágil y desenvuelto la biógrafa Eugenia Serrano. Umbral se acercó y le pidió una entrevista de novel para la fugaz revista *Vida Mundial* –Umbral tiene en ese momento 29 años; el maestro, 45–. El resultado fue surrealista: “– ¿Puede usted citarme novelistas nuevos, jóvenes? Sí, claro, muchos, los que quiera, ponga cien, doscientos.”

El tercer encuentro ya fue más fecundo. Umbral, entonces redactor de la revista *Mundo Hispánico* (dirigida por el poeta José García Nieto y financiada por el Instituto de Cultura Hispánica) decidió entrevistar a Cela en Palma de Mallorca donde residía el novelista. Era un modo eficaz de conseguir su atención. Umbral tomaría el primer avión de su vida para viajar hasta la isla y acudir a su cita con el joven académico, instalado provisionalmente en un piso de la calle José Villalonga, a la espera de que la constructora Huarte finalizara las obras de su magnífica casa-estudio frente al mar, en la Bonanova palmesana. Cela le conduce, ilusionado, a visitar su próxima residencia y después se van a cenar a Inca, a una modesta taberna donde Cela, un frenético coleccionista de botellas de vino, tenía almacenado un barril “para que se le vaya haciendo”. El escritor no le defrauda: con su indumentaria de aquellos años –boina, botos camperos, pantalón por encima de una ya pronunciada barriga y un pañuelo al cuello–, su forma segura y desenvuelta de dirigirse a todos y su carácter desafiante le sigue pareciendo la vívida imagen del éxito y la personalidad. Es probable que allí se comentara ya el nuevo proyecto de Cela, fundar una editorial (que sería Alfaguara) gestionada por los hermanos Cela Trulock (Camilo, Jorge y Carlos) con el apoyo económico del empresario José Huarte⁵.

El cuarto y decisivo encuentro tuvo lugar en la casa madrileña de Cela, en la calle Ríos Rosas– “un piso

² En “El escritor de la postguerra”, *El País*, 25/1/2002.

³ *Camilo José Cela. Correspondencia con el exilio*, ed. de Jordi Amat y prólogo de Eduardo Chamorro, Destino, 2009.

⁴ S/f, pero en respuesta a la carta de Arrabal del 7 de marzo de 1979, ibid. p. 523.

⁵ “Fin de semana con Camilo José Cela”, *Mundo Hispánico*, junio de 1963. La editorial se puso en marcha a partir de septiembre de 1964.

con mucha luz y muchas puertas”, al decir de Salvador Pániker—, adonde acudió Umbral, todavía escritor solo en los periódicos y las revistas que se le permitían, pero ya fortalecido por la escritura (que no publicación) de su primer libro, *Tamouré*. Cela volvió a sorprenderle. Le recibió en batín, sin el menor protocolo y fue vistiéndose en su presencia ante el estupor de Umbral que no daba crédito a aquella inesperada confianza del académico y escritor de éxito al que vio y fotografió en calzoncillos. Salió de allí feliz, con el encargo firme de tres libros para las Ediciones Alfaguara, editorial que dirigiría el novelista junto a su hermano Jorge. Los tres libros serían *Balada de gamberros*, *Larra. Anatomía de un dandi* y *Travesía de Madrid*: “Desde entonces ha sido para mí un amigo generoso, un profesor de energía y un maestro literario” (1994, p. 346). Que Cela fue un amigo generoso con Umbral no caben dudas pues le favoreció con entrevistas, contactos literarios y una amistad que se mantendría con altibajos hasta el final de la vida de Cela. Pero lo cierto es que su relación quedó fatalmente resentida unos meses después, a raíz de lo ocurrido con el tercero de los libros contratados, *Travesía de Madrid*. La novela quedó finalista del premio Alfaguara de novela (recién creado) en 1965, en el cual Camilo José Cela tenía un papel decisivo⁶. Pese a las expectativas generadas por Umbral, autor que acababa de publicar con Alfaguara dos libros de bastante repercusión y daba por hecho que siendo un autor de la casa el galardón era suyo, el premio fue para Jesús Torbado por su novela *Las corrupciones*. No sirvieron de nada sus golpes de efecto para llamar la atención y tampoco el anuncio de su “probable” suicidio en caso de que no saliera vencedor. Dado el peso específico de Cela en la editorial y el premio recién fundado, resulta evidente que el aplaudido autor de *La colmena* no votó por Umbral, no deseaba darle el premio (tal vez porque lo vio demasiado crecido, pagado de sí mismo y quería darle una lección) o no consideró su novela con la suficiente entidad literaria, o ... No sabemos qué ocurrió exactamente, pero la decepción de Umbral fue inmensa y en otro lugar ya he señalado este hecho como el probable origen de su cambio de actitud ante la vida literaria (UMBRAL, 2004, p. 199 y ss). A partir de entonces, de aquel brusco desencanto en sus precoces ilusiones, sería menos generoso con los demás y la filigrana crítica cedería su lugar, al menos parcialmente, al zarpazo y el comentario cáustico dirigido a los colegas de profesión. Treinta años después de aquel suceso todavía le daba vueltas a lo sucedido.

⁶ No solo era el organizador del Premio sino también Presidente del Jurado, integrado asimismo por José María Martínez Cachero y Fernando Lázaro Carreter.

⁷ *En Umbral; vida, obra y pecados. Conversaciones*, Foca, 2001, p. 71.

⁸ En “La conversación”, *Leer*, jul-agosto de 2002, entrevista a Francisco Umbral concedida a raíz de la publicación de *Cela: un cadáver exquisito*.

Cuando el periodista Eduardo Martínez Rico le preguntó si Cela apostó por él en la votación del jurado comenta:

– No lo sé, no lo puedo saber. Yo creo que Cela jugó a Lara.

– Dar el premio al nuevo...

– Y el otro, que lo daba por vendido, dejarlo finalista. Igual que me hicieron en el Planeta. Él, que empezaba como editor, dijo que había que hacer lo de Lara, lo que había hecho rico a Lara: dar el premio a uno nuevo, que se va a vender por el premio, y el segundo a uno que se vende seguro, y yo ya era conocido, mucho más que el otro⁷.

2

En todo caso, Umbral presentó el libro en febrero de 1966, en los locales que la constructora Huarte tenía en el Paseo de la Castellana de Madrid y Cela no acudió al acto (ciertamente su residencia habitual era Palma de Mallorca, pero eso no era obstáculo para su frecuente presencia en la capital): “La sombra de Cela planeaba sobre aquella sala, sobre aquel local blanco y espacioso que acogía a los invitados”, recordaría años después un asistente al acto, el periodista José Luis Gutiérrez⁸. El esfuerzo del escritor vallisoletano había sido enorme; cuatro libros en poco menos de dos años, pero el fiasco del premio le condujo a una depresión o a una crisis de agotamiento de la que saldría con dificultades. Leídos los hechos en la clave diacrónica de cómo sucedieron es fácil suponer que el esfuerzo que haría Cela en diciembre de 2000 para conseguir el premio Cervantes para su amigo Umbral fue un modo de compensar aquel extraño giro de los acontecimientos, aquella antigua decepción causada por el desencanto de un premio que Umbral ya veía en su bolsillo, con el consuelo de convertirle en galardonado del premio más importante de la literatura en lengua española. El año anterior, en 1999, ya había sido un firme candidato pero venció el chileno Jorge Edwards (defendido por Mario Vargas Llosa, mientras Cela avalaba a Umbral). Sus declaraciones al conocer el resultado no auguraban nada bueno. Umbral, despechado, acusó a Edwards de pinochetista en su columna de *El Mundo* y repetiría la descalificación en innumerables ocasiones. Al año siguiente la composición del jurado se ajustó, en lo posible, a las características que requería la figura de Umbral: el propio Cela de nuevo, Salvador Pániker (amigo suyo y personaje frecuente en sus diarios), Miguel García-Posada (su crítico “oficial”), el poeta José Hierro (del cual Umbral escribió en innumerables ocasiones, siempre elogiosamente), el director de la Real Academia de la Lengua, Víctor García de la Concha, Jorge Edwards (que se opondría frontalmente a la candidatura de Umbral proponiendo al poeta Carlos Bousoño), Gregorio

Salvador, Santiago de Mora- Figueroa, Alonso Zamora Vicente y Jaime Posada. Las votaciones empezaron por favorecer a Bousoño, el candidato de la RAE, frente a Umbral y solo un intento desesperado de Cela por alterar la marcha del resultado pudo favorecer a su protegido que, sin embargo, se vio perjudicado de nuevo por sus declaraciones posteriores (CABALLÉ, 2004, p. 349 y ss.) y por el conocimiento que se tuvo de los hechos. La protesta más demoledora la firmó Juan Goytisolo en un artículo publicado unas semanas después de la noticia. El comienzo exime ya de explicaciones:

La decisión del jurado del Premio Cervantes el pasado mes de diciembre prueba de modo concluyente (por si hubiera aún necesidad de ello) la putrefacción de la vida literaria española, el triunfo del amiguismo pringoso y tribal, la existencia de fratrías, compinches y alhóndigas, la apoteosis grotesca del esperpento. Sí, *Spainisdifferent*, y lo es sin remedio. Las vehementes declaraciones de amor del laureado, de un amor que, a diferencia del de Wilde y Gide, sí se atreve a decir su nombre, al secretario de Estado de Cultura (‘¡Ay, mi amor, cuántas cosas te debo! Me has hecho un hombre. De verdad que estoy con vosotros. Cuenta conmigo para lo que quieras’); sus expresiones chulas e insultantes respecto a los otros candidatos, entre los que por fortuna no me hallaba yo (‘ahora sí que les hemos jodido bien’, ‘¡esto es la polla!’); sus muy rendidas gracias a quienes ‘se lo han trabajado [el premio] a muerte’ (su padrino, José Hierro y el crítico estrella de este periódico [Miguel García-Posada]), resultarían inconcebibles en otro país que el nuestro. En la flamante España que *va a más*, la ignorancia, desfachatez y venalidad reinantes permiten galardonar no a Valente, sino a don José García Nieto, pues en razón de la ausencia casi general de criterios de valor, todo vale. En corto, la cultura ha sido sustituida por su simulacro mediático y nadie o muy pocos elevan la voz contra ese estado de cosas. La resignación y el conformismo con los poderes fácticos reinan en el campo literario como en los felices tiempos del franquismo⁹.

El resultado de todo ello es que prácticamente ningún escritor, con la excepción de Cela, acudiría a la entrega oficial y solemne del galardón en Alcalá de Henares y ambos escritores Cela/Umbral quedaron inmersos en una nube de sospecha, amiguismo y compadreo. Una nube que venía amenazando borrasca desde lejos, pues Cela se había visto ya envuelto en un triste caso de acusación de plagio por su novela *La cruz de San Andrés*. Con ella ganó el premio Planeta en 1994, al año siguiente obtendría el Premio Cervantes, mientras que el premio Nobel de Literatura databa de 1989, solo dos años después de obtener el premio Príncipe de Asturias de las Letras (en 1987). En 1996 el rey Juan Carlos le concedería el

marquesado de Iria Flavia, creado *ex profeso* para él. De modo que el palmarés cosechado por el escritor gallego entre 1987 y 1996 fue verdaderamente espectacular, y tan forzado en ocasiones que tal vez por ello sus últimos años se verían ensombrecidos por una equivocada estrategia literaria, convirtiéndose a sí mismo en el personaje que había recibido el Premio Nobel (“don Camilo, el del premio”) y del que hacía una menciónabusiva, y extraordinariamente ridícula, en sus libros y artículos.

Lo que quiero decir es que los dos escritores, tanto Cela como Umbral, salieron perjudicados en aquel diciembre de 2000 y de aquel Premio Cervantes concedido al escritor madrileño, aunque criado en Valladolid. En ambos casos llovía sobre mojado debido a sus frecuentes exabruptos y a sus declaraciones extemporáneas que los presentaba como competidores sin escrúpulos y escritores capaces de una gran bajeza moral cuando veían obstaculizados sus intereses. El hecho de mantener una actitud bronca y revanchista ante la literatura, de considerarla como una especie de patio de Monipodio que les pertenecía y que podían manejar a su gusto y en función de sus objetivos topó con una generación de novelistas jóvenes que ya no estaban dispuestos a reconocer su autoritarismo y, por qué no decirlo, su ordinariez. Julio Llamazares había sido el primero en expresar su distanciamiento días después de que a Cela le concedieran el Premio Nobel, y a él le seguirían Antonio Muñoz Molina y Javier Marías¹⁰. Cela a su vez los etiquetó como “los novelistas de La Moncloa” aludiendo a una supuesta connivencia suya con el gobierno socialista. Es decir que se trataba, según Cela (o de Umbral que le secundó en tan malísima idea) de escritores al servicio del poder y financiados por éste a través de premios y de subvenciones. Pero hemos visto cómo Cela se hacía en pocos años con todos los galardones literarios posibles, es decir que su reproche a otros no tenía el menor fundamento dada su propia avidez profesional. La última andanada dirigida a Cela la protagonizó TerenciMoix reaccionando ante unas groseras declaraciones de aquel contra la homosexualidad, una de las bestias negras de Cela y a la que habría que conceder especial atención: “A estas alturas, o si lo preferís bajuras –escribía Moix en un encendido y crítico artículo contra el maestro–, el Cela escritor que cautivó nuestra adolescencia se ha convertido en un figurón que repugna a nuestra madurez, ora con estentóreos desplantes que son obras maestras de grosería y vulgaridad, ora con desfasadas pompas de aristócrata *parvenu* que entran simplemente en el terreno de la ridiculez”¹¹. Sería muy interesante analizar qué ocurre en la mente de Cela para

⁹ En “Vamos a menos”, *El País*, 10/1/2001.

¹⁰ Julio Llamazares, “El arzobispo de Manila”, *El País*, 14/11/1989; Antonio Muñoz Molina, “Teoría del elogio insultante”, *El País*, 9/3/1994.

¹¹ En “El Nobel, en la letrina”, *El País*, 15/6/1998.

que, con el tiempo, venza su lado más polémico y vulgar, alejándose de la exigencia y la seriedad manifiestas en sus primeros volúmenes y actividades. Porque realmente leyendo su correspondencia con algunos escritores del exilio comprobamos la convivencia de dos personajes en un solo hombre: el Cela amigo entrañable y leal, la persona que se muestra cercana a las preocupaciones ajenas, el escritor que sufre por su obra y teje complicidades, capaz de movilizar a las fuerzas vivas de la isla palmesana ante la llegada del filólogo y director de la RAE, Ramón Menéndez Pidal, con motivo de su participación en unas Jornadas Europeas desarrolladas en el Círculo Mallorquín (mayo de 1959); y el personaje excéntrico y soez que hace declaraciones ofensivas y delirantes, poniéndose el mundo decididamente por montera. Es un rostro o una psicología bifronte la suya, una especie de Dr. Jeckyll y Mr. Hyde y nadie sabe qué ocurrió en su trayectoria vital para que en la última etapa Mr. Hyde se apoderara totalmente de la escena sumiendo a sus muchos lectores en la perplejidad y el desconcierto. En fechas recientes el periódico *El País* ha exhumado un conmovedor documento fechado en 1951. Extraigo un pasaje:

El oficio del escritor es un oficio que da tristeza y que requiere soledad. Todas las pruebas, todos los intentos que he hecho para demostrarme lo contrario, me han fallado de una manera estruendosa. Hoy, después de haber perdido alguna colaboración por mí muy querida, veo esto con mayor claridad que nunca y me refugio entre mis cuatro paredes a trabajar, que es lo único que me distrae y me hace olvidar los hondazos de los malintencionados, los pusilánimes, los puritanos y los pecadores en río revuelto.

Estoy lleno de dolor por muchas cosas. Un libro retirado [se refiere a la quinta edición de *La familia de Pascual Duarte*, editada por Destino] y otro prohibido [*La colmena*] ni un solo premio ni grande ni pequeño y un sistemático desplazamiento de puestos para los que quizás, teniendo en cuenta mi buena voluntad, no hubiera sido demasiado disparatado el nombrarme, me han llenado de amargura, que es, posiblemente, el mejor antídoto contra el resentimiento¹².

Cela tiene 35 años cuando toma la decisión de renunciar, con esta carta dirigida a su amigo y protector Juan Aparicio como Delegado Nacional de Prensa, a su colaboración con el Ministerio de Información donde había ejercido funciones de censor, poco aceptadas por muchos de sus colegas de profesión. Y está, en efecto, en un momento crítico: ¿qué hacer? ¿seguir maniobrando desde un modesto empleo funcional que al parecer no surte los efectos deseados o bien lanzarse a la literatura sin el paracaídas de un sustento asegurado? ¿Cuántos escritores no se han hecho las mismas preguntas y han vivido parecidas angustias e indecisiones! En todo

caso, lo importante en esta carta, aquí reproducida fragmentariamente, es la teatralidad con que Cela experimenta y expresa su falta de reconocimiento, así como el lugar, el enorme lugar concedido a la rivalidad con otros escritores, intelectuales o, en todo caso, gente vinculada al mundo de las letras. En el pasaje menciona a los pusilánimes, los malintencionados, los pescadores de río revuelto, los puritanos... ¿A quién se refiere en realidad? ¿En quién está pensando?¹³ Las referencias a sus adversarios suelen ser anónimas, colectivas e intimidatorias. Ciertamente que la rivalidad es un fenómeno psicológico que no conoce límites de tiempo y lugar pero, en todo caso, es una forma de relación disfuncional que expresa algún tipo de conflicto interior mal resuelto. Y la cuestión es hasta qué punto puede afectar y corroer a un individuo reforzando su pulsión competitiva y depredadora y consiguiendo, tal vez, que dicho individuo llegue a perjudicarse a sí mismo al exponer una visión tan cruda y mezquina de la sociedad en relación a sus propios intereses. En el caso de Cela, las referencias a esta percepción antropomórfica y corrosiva (*homo homini lupus*) de la vida literaria se concretan ya en el título genérico, *La cucaña*¹⁴, que debía englobar su proyecto memorialístico, proyecto que finalmente quedaría bastante deshilachado¹⁵. Y lo tituló *La cucaña* “por evidentes razones de semejanza y de parentesco entre ese juego cruel y la vida literaria española”. Sin duda Cela creía firmemente en la metáfora y lo cierto es que hasta su muerte fue un agente activo y pasivo de esa forma de ver el mundo. La literatura como una interminable y bronca disputa, organizada en trincheras, los amigos a un lado y los enemigos enfrente. Y todos luchando al mismo tiempo por hacerse con un seco salchichón de carne de burro colgado en lo alto de la cucaña, ante las risas de la concurrencia por el espectáculo. Cela no sería el único escritor en verlo así, desde luego —la idea viene de Larra y Luis Cernuda la perfiló en su poema “Supervivencias tribales en el medio literario”—, pero interesa subrayar que su actitud —el ver al Otro como un rival contra el que se debe actuar implacablemente— es una pieza clave de la psicología celiana, también umbraliana, que solo

¹² Jesús Ruiz Mantilla: “Cuando Camilo José Cela entró en crisis”, *El País*, 27/12/2015.

¹³ En su mente bullen sin duda los nombres que le critican abiertamente, pero, más allá de eso sabemos el rechazo de Cela tanto al Opus Dei como al PCE.

¹⁴ El título, tal como figuraba en la primera edición, era un alarde exhibicionista: *La cucaña. Memorias de Camilo José Cela. Tranco primero. Infancia dorada, pubertad siniestra, primera juventud. Libro primero. La rosa* (Destino, 1959).

¹⁵ En carta a María Zambrano después de que esta le preguntara por la continuación de *La rosa*, responde: “El tomo II de mis memorias ni ha aparecido ni está aún escrito; es uno de mis inmediatos proyectos, que veré de realizar tan pronto pueda”, 4 de enero de 1961, en *Correspondencia con el exilio*, ob. cit., 45. Llegaría muchos años después con el título *Memorias, entendimientos y voluntades*.

puede explicarse partiendo del inmenso egocentrismo que poseía a ambos escritores. Hay algo conmovedor en esa lucha desesperada de Cela y Umbral por imponerse a los demás de forma exigente, casi totalitaria, en ese postularse permanentemente con un cerrado “yo soy la literatura” y, por tanto, en esta batalla, o se está conmigo o se está contra mí. En todo caso, llama la atención cuando se lee su interesante correspondencia con Américo Castro, con el que Cela tejió una sólida y leal amistad desde la primera carta enviada el 24 de mayo de 1956 y sostenida firmemente hasta la muerte del gran hispanista, comprobar cómo el Cela de los años cincuenta es precisamente el responsable de apaciguar a don Américo cuando este protesta y se revuelve contra las críticas o la indiferencia con que se recibe su obra en España por aquellos años. Y es el autor de *La colmena* quien le calma y le recomienda paz:

(N)o tiene ningún sentido que, a la altura de sus gloriosos y fecundos ochenta años, malgaste sus energías en querer hacer oír a los eternos sordos y ver a los sempiternos ciegos. Sus ideas, mi querido don Américo, serán admitidas por los nietos de quienes hoy las rechazan (...) ¿Por qué desgastarse entonces dándole beligerancia a los enemigos?¹⁶

Por su parte será don Américo quien observará una evolución literaria en el novelista que le inquieta y a la que se refiere en una carta crucial, después de la desagradable lectura que hace de *Izas, rabizas y colipoterras*. Castro repara en el gran escritor que es Cela en *La familia de Pascual Duarte*, *La colmena* o en sus libros de viaje (le entusiasma el prólogo a *Viaje a Lérida*) y lo encara con el artista manierista que se deja llevar por una pendiente menos estimable y que puede llegar a empañar los logros obtenidos en su etapa anterior. El cansancio que produce en el lector la constante repetición de los nombres de sus figuras literarias o bien el abuso de palabras malsonantes con que inunda sus *Izas* no gustan a don Américo: “Los coños, las mierdas y sus congéneres, en sí no son nada”¹⁷, le advierte al ver cómo el material no artístico adquiere tanto protagonismo en sus libros. ¿Es consciente Cela del peligro que supone seguir por esa pendiente rabelesiana?

(T)uve la impresión [al leer *Izas*] de que está Vd. dañando su propia literatura que es suya y es también de nosotros, sus entrañables lectores. Es Vd. la figura más original y más fuerte brotada después del inútil horror de la guerra imbécilmente civil, o civilmente imbécil. E ingenuamente me arrojé a decirle a Vd.: No nos estropee a nuestro Camilo José, no se deje llevar por la risotada de quienes acabada la risa, no retienen nada de Vd., ni un paisaje, ni una emoción, ni una inquietud, ni una figura.

Cela responderá, sin profundizar en ello, como postergando las explicaciones que Castro le reclama educadamente sobre su concepción de la literatura. Le dice que aspira a ser un revulsivo para las dormidas conciencias españolas. El asunto volverá a tratarse por parte de don Américo pero es evidente que Cela haría oídos sordos a sus consejos. Es más, está trabajando entonces en la preparación de su inconcluso *Diccionario secreto* (Alfaguara, 1968)¹⁸ que debió de dejar a don Américo estupefacto por su coprolalia manifiesta. Pero al escritor los reparos del especialista en la obra cervantina, aun tolerándolos por venir de quien vienen, le enfrían en cierto modo el afecto (que no la amistad) y en los años siguientes las cartas enviadas por don Américo serán mucho más frecuentes que las escritas en dirección contraria. Lo más interesante, sin embargo, de la densa correspondencia entre los dos hombres es observar cómo el estudioso relaciona el abuso creciente de los tacos, del exabrupto y, en definitiva, de las formas primarias del desahogo y la iraque observa con preocupación en su obra con el agotamiento físico y psíquico que viene percibiendo en el novelista a partir del verano de 1963: “(M)e apenó sobremanera verle tan cansado, tan exhausto de fuerzas, lo cual es malísimo para la salud física y también para la literaria. Está Vd. sacando demasiado de sus reservas de energía, y si continúa así pronto se verá sin posibilidad de escribir”¹⁹. El dictamen de don Américo había sido tajante: su amigo debía descansar para recuperar el ánimo y enfrentarse sólidamente y, sobre todo, serenamente a nuevos desafíos.

(E)stoy persuadido de que Vd. acude a la pornografía cuando está algo cansado —es como soltar tacos, o ponerle a la escultura del santo dos pistolas—. La sensación de heterogeneidad proviene de que el lector va a gusto por las sendas escarpadas, o foráneas de la vida, las vías mayores de su estilo, y de pronto tropieza con una boñiga servida en plato, que *interrumpe* su grato caminar²⁰.

Resumiendo, cuando Umbral entra en trato con Camilo José Cela este se halla, en mi opinión, en un momento decisivo de su existencia: el esfuerzo económico e intelectual de sacar adelante *Papeles de Son Armadans*,

¹⁶ Carta del 17 de agosto de 1964, en *Correspondencia con el exilio*, ob. cit., p. 373.

¹⁷ Carta fechada en el Hotel Castellana Hilton de Madrid, el 17 de septiembre de 1964, p. 379.

¹⁸ En *Trilogía de Madrid* Umbral defiende que la idea del *Diccionario secreto* fue suya. Cela junto al compromiso de los varios libros que le publicó a Umbral en Alfaguara mantuvo la idea de encargarle la dirección de un semanario: “Yo le dije: -Sí, pero con la condición de que tú hagas la colaboración que yo te diga: un diccionario de tacos”. El semanario no salió pero poco tiempo después Cela publicaba su *Diccionario secreto* (1996, p. 238).

¹⁹ *Ibid.* el 2 de septiembre de 1963, *Correspondencia con el exilio*, p. 347.

²⁰ Carta fechada en La Jolla, 19 de marzo de 1965, *Correspondencia con el exilio*, p. 384-385.

el coste que le supone su magnífica casa en uno de los lugares más bellos de la capital palmesana, el esfuerzo de la obra añadido a todas las exigencias del hombre (su pasión coleccionista, su intensa correspondencia de aquellos años, los viajes, la RAE, el afán por mantenerse constantemente en alza) le obligan a expresarse, a no concederse treguas en su trabajo. Es decir, se ve inmerso en una permanente sobreexposición de la que no saldrá indemne.

3

El último hito en la historia de su amistad arranca de 1989. Aquel año fue un parteaguas en la biografía de Cela. Lo marcaron dos acontecimientos casi consecutivos. El primero de ellos fue la ruptura matrimonial con Rosario Conde y su traslado a Madrid para vivir junto a la periodista Marina Castaño una apasionada historia de amor que concluiría en un nuevo matrimonio. Pocos meses después (el 19 de octubre de 1989) al escritor le concedían el premio Nobel de Literatura. El traslado de Palma de Mallorca a Madrid adquirió para Cela una envergadura imprevista y la necesidad de construir una nueva vida social que se ajustara a las exigencias de la flamante y enriquecida pareja, bendecida por una serie de premios en cascada a los que ya nos hemos referido más arriba. En ese momento la figura de Umbral aparecería de nuevo como un personaje clave en el círculo de amigos promovido por el novelista y, sobre todo, por su nueva esposa. Serían doce años de relación social y de apoyo mutuo, al menos aparentemente. Umbral incorporaría a Cela en sus libros (*Las palabras de la tribu*, *Diccionario de literatura*, *Diario político y sentimental*, *Un ser de lejanías*) y le defendería, indignado, al ver entrar a un Cela exhausto en un juzgado de Barcelona, el 16 de mayo de 2001, acusado de plagio por *La cruz de San Andrés*, y rodeado de fotógrafos y periodistas:

Dan ganas de dejar el oficio. Aquí nadie quiere a los escritores, siempre sospechosos de algo. Una persona decente no se dedica a escribir. A esto, como al capote o al andamio, solo se dedica el que no vale para otra cosa. Lo serio es ser militar, prestamista, notario o cura (...) El proceso de Cela es como el de Kafka: no se sabe bien de dónde viene ni a dónde quiere ir a parar²¹.

Siete meses después Cela fallecía a causa de una insuficiencia cardiopulmonar, en la clínica Centro de Madrid, el 17 de enero de 2002. Umbral, cabizbajo, sería de los primeros en acudir al tanatorio. Sus declaraciones fueron tan concisas como inequívocas y a nadie sorprendieron: “Hoy me siento huérfano. Fue mi padre literario”. Sin embargo, el punto final a la relación de tantos años la pondría el mismo escritor, tres meses después, en un libro

claramente oportunista titulado: *Cela: un cadáver exquisito. Vida y obra* (Planeta, abril de 2002) que apareció con la lógica expectación. No caben dudas de que quiso escribir su “todo Cela” y, en efecto, Umbral podía haber escrito un libro magnífico (aunque no en dos meses) sobre su maestro de energía, pues trató muy de cerca a Cela en los últimos años. Habían disfrutado de amigos/enemigos comunes, habían compartido veladas y premios y como ya se ha dicho Cela fue el artífice del galardón más importante de los concedidos al autor de *Trilogía de Madrid*. Ambos habían hecho de sus propias personalidades fuertes, solitarias y narcisistas un centro de atención continuado. De modo que a nadie podía extrañar que Umbral aprovechara todas esas experiencias para un libro, porque es lo que hace un escritor con su experiencia, volcarla en la escritura. Su posición como digo era excepcional para dibujar el perfil crepuscular de un hombre cuya trayectoria profesional y vital conocía como nadie. Y del cual nos había dado incisivos apuntes en libros anteriores. En *Trilogía de Madrid*, por ejemplo, lo presenta como “un nudo de enigmas” no resueltos por el mundo académico, del que dice: “A mí me gusta estar con él, porque dejo que quemé la primera traca de efectos especiales, muy preparados, y luego sale el Camilo auténtico, cordial, ingenioso, observador y plástico, que es igual que su obra” (1996, p. 239). En *Madrid tribu urbana. Del socialismo a don Froilán*, sin embargo, ya se percibe un cierto distanciamiento del último premio Nobel español. Lo describe como un hombre con achaques (“adolorido y añoso”), receloso de su fama, abducido por la juventud de Marina Castaño y arrojado a un derroche social y económico que íntimamente parece desbordarle. Pero, en todo caso, *Cela: un cadáver exquisito* no es el libro que cabía esperar, aún explorando la veta crítica insinuada en obras anteriores, sino uno muy distinto, donde queda de manifiesto no solo el sentimiento ambivalente y oscuro que anidaba en el corazón de Umbral, sino sobre todo el vacío en que se movió su literatura de los últimos años. Por ello publicó una obra desconcertante, reiterativa (en relación a todo lo que había escrito ya de Cela) además de un tremendo error estratégico.

Para empezar, la extrañeza del título. ¿Cela exquisito? De todos los adjetivos posibles la exquisitez nunca emparentó con el escritor gallego. Todos recordamos el juego de salón adoptado por los surrealistas: cada persona escribe una parte de una frase y a continuación dobla la hoja de papel para ocultar lo que ha escrito pasando el papel a otra que, a su vez, escribe lo que quiere ignorando lo anterior. Al final del juego, que puede dar tantas vueltas como se quiera, los participantes leen lo escrito entre todos y el efecto es imprevisible. Por lo visto, la primera vez que practicaron surgió la frase “el cadáver exquisito beberá el vino nuevo”. Y empezaron a llamar así, *cadáveres exquisitos*, a los dibujos y poemas compuestos

²¹ *El Mundo*, 18 de mayo de 2001.

bajo el signo del azar. ¿Por qué lo titula así Umbral? El libro nada tiene que ver con el surrealismo ni con el azar. No, la lectura es otra y tiene que ver con lo sucedido a la muerte del novelista y es que sus dos herederos se disputaron de inmediato el legado testamentario, por lo visto en el propio entierro, según afirma Ian Gibson en su biografía, apresurada pero atinada y eficaz. Mejor dicho, fue la segunda esposa del escritor, la que abordó al hijo de Cela, Camilo José Cela Conde, mencionándole la urgencia de tratar sobre la herencia (2003, p. 17). Por tanto, sí podía verse a Cela como “un cadáver exquisito”, es decir, codiciado, valioso y frágil. Hay que decir, sin embargo, que Umbral ya había utilizado la imagen aplicada a Azorín en *Trilogía de Madrid*²². Pero, aún así, sorprende, la elección de Cela como cadáver en un libro biográfico. Es decir que para hablar de su amigo, Umbral recurra a la evidencia de la muerte (¿del hombre? ¿de la obra?) imponiéndola sobre la vida que fue. A partir de aquí todo es posible. Y, en efecto, como ya he dicho es uno de los libros menos afortunados de Umbral, y tuvo muchos: errático y reiterativo, es la expresión de un profundo agotamiento creador. Junto al elogio ditirámico el lector encuentra juicios inapropiados y observaciones que carecen del fundamento necesario para resultar convincentes. Por ejemplo, se sostiene a lo largo del libro que la mejor obra del novelista es... *La colmena*, *La rosa*, *Viaje a la Alcarria*, indistintamente, según convenga a la narración.

En todo caso, lo que nadie comprendió en su momento fueron las reservas y reproches formulados al que fuera uno de sus primeros valedores y al que tres meses antes había calificado de “padre literario”. Y así, se señala en el libro el escaso talento, incluso la torpeza de Cela para el articulismo (género en el que el propio Umbral era un maestro) o su falta de hondura intelectual: “Cela no era eso que se llama un escritor de ideas. Tenía cuatro ideas, pero muy claras y sensatas, muy bien distribuidas y que le sirvieron para manejarse toda su vida” (2002, p. 12). Pero no se señalan cuáles son esas cuatro ideas que le sirvieron para estructurar su vida y su obra. También expresa sus reservas con el hombre: lo ve apegado al dinero, con vocación de millonario antes que de escritor. Alude a menudo a la rigidez de Cela en su vida diaria, a su apego a las formalidades y protocolos, pero no hay el menor intento de analizar su actitud, de profundizar en ella. Como digo el resultado es de una notable falta de coherencia interna que se intensifica con la división del libro en dos partes, vida y obra, cuando las ideas y argumentos que se manejan en ambas son las mismas y repetidas. La técnica de composición del libro quedaba pues en evidencia: Umbral había recosido antiguos textos escritos sobre el maestro a los que añadió algo de mordiente

para asegurarse su venta. Una operación comercial carente de un sostén narrativo y menos moral que lo justificara.

Quiero terminar recordando lo que sostenía Camilo José Cela en el prólogo a su primer volumen de memorias (*La rosa*, ya citado), cuando dice que los años de la vejez no son buenos para la sinceridad: “suelen venir viciados por la decepción, por el mal humor, por el artritismo y por el miedo”. Claro que Cela escribía *La rosa* antes de cumplir los 34 años, de modo que muy bien podía mostrarse altivo, incluso provocador con los recuerdos escritos a cierta edad: cuando uno tiene poco más de 30 años no hay todavía ninguna anticipación de la vejez, ésta apenas existe, y eso puede explicar el arrojo y la temeridad con que los jóvenes enfrentan muchas situaciones. Podría decirse que el libro de Umbral sobre Cela venía viciado, en efecto, por la decepción, el mal humor, tal vez, pero sobre todo por la antigua rivalidad que le impedía escribir el libro sobre el amigo, aunque tampoco fuera para él un enemigo. Umbral es ya un viejo y fatigado león cuya esclerotizada escritura no puede enfrentarse a la verdad de una historia apasionante, la de su amistad, cargada de luces y de sombras. ¿Hubiera actuado Cela del mismo modo con Umbral, escribiendo un libro precipitado, flojo e innoble? No lo sabemos, nunca lo sabremos, aunque sí sabemos cómo reaccionaba Cela al desgaste. Ambos dieron la impresión de llegar al final de sus vidas con un cansancio cósmico que facilitaba decisiones desnortadas, faltas de criterio. Pero está claro que dos personalidades inmensamente ególatras como fueron las suyas, con un hambre desesperada de reconocimiento, hacían imposible el acercamiento verdadero y despojado de sí que exige la amistad. Lo sentenciaría el propio Umbral en *Madrid, tribu urbana*: “un genio tiene su eclipse y no soporta a otro genio vagabundeando dentro de la elipse”. Pues eso.

Referencias

- GIBSON, Ian. *Cela, el hombre que quiso ganar*. Madrid: Santillana, 2003.
- CELA, Camilo José. *Correspondencia con el exilio*. Barcelona: Destino, 2009.
- PÁNIKER, Salvador. *Conversaciones en Madrid y en Cataluña* (1966). Barcelona: Kairós, 2004.
- UMBRAL, Francisco. *Cela: un cadáver exquisito*. Barcelona: Planeta, 2002.
- UMBRAL, Francisco. *La noche que llegué al café Gijón*. Barcelona: Destino, 1977.
- UMBRAL, Francisco. *Las palabras de la tribu*. De Rubén Darío a Cela. Barcelona: Planeta, 1994.
- CABALLÉ, Anna. *Francisco Umbral*. El frío de una vida. Madrid: Espasa, 2004.

Recibido: 08/01/2016
Aprovado: 22/01/2016
Contacto: annacaballe@ub.edu

²² Refiriendo una catastrófica, por lacónica, entrevista al maestro (1996:84).